

Nunca entres en Rodie's

Después de haber trabajado durante más de cinco años en la guarnicionería Saddle, me vi de repente en la calle, literalmente en la calle. Llegué a las ocho, como todos los días, y el señor Reinhardt, que solía andar en trajines desde las siete, aún no había abierto. Los comerciantes vecinos se hacían la misma pregunta que yo: «¿Qué puede haberle pasado al madrugador señor Reinhardt?» El panadero Bashevis iba aún más lejos: «¿Le habrá secuestrado algún demonio o estará ya conversando con los profetas?» Quién podía saberlo.

La mañana estaba fría. Me quedé a la puerta del establecimiento, bufando, frotándome las manos y zapateando metódicamente para que los espíritus de la enfermedad no me entrasen en el cuerpo por los pies. («Pies que se duermen, senderos que traza el diablo», solían decir en casa.)

Aún podría seguir allí, con mis bufidos y zapateos, si el viejo Ophuls, el marionetista, no me hubiese invitado a entrar en su local para ofrecerme una taza de té.

Como el taller de Ophuls era contiguo a la guarnicionería, me asomaba cada momento a la calle con la esperanza de ver llegar a mi jefe, removiendo alegremente su manojo de llaves y silbando alguna pegadiza melodía de moda. Pero por la calle no se veía más cosa que embozados transeúntes, encogidos por el frío.

Una de las veces que me asomé, observé que un elegante caballero parecía esperar la apertura de la guarnicionería. Naturalmente, salí de inmediato y le dije que, por muy extraño que resultara, el señor Reinhardt aún no había llegado, siendo ya casi las ocho y media. «Pues a mí no me extraña», me dijo. A mi gesto de perplejidad él opuso, en correspondencia un tanto estafalaria, otro de resignación.

«Tú debes de ser Flahertie, ¿no es así?» Asentí, admirado de que conociera mi nombre. «Pues bien, Flahertie, tu jefe no volverá». «¿Cómo puede ser eso?», le pregunté, temiendo que el señor Reinhardt palideciera ya bajo la luz de unos velones fúnebres. «Pues, ya ves, el demonio le ha tentado

con una mano demasiado dulce, a sus años... Yo soy Hopkins, del despacho de abogados Fieldman & Hopkins, y represento legalmente al señor Reinhardt. Estoy esperando al notario Frost para abrir el local y proceder a su inventario. En cuanto a ti, puedes pasarte cuando te convenga por nuestras oficinas para solucionar lo referente a la liquidación».

No fue pequeña mi sorpresa al enterarme de la causa por la que mi jefe decidió dar tan repentino cerrojazo a su negocio: marcharse a no recuerdo qué lugar de no sé qué sur con una joyera de la calle Regent, con la que al parecer mantenía relaciones clandestinas incluso antes de que ella ascendiera a viuda. Ambos habían decidido liquidar jacarandosamente sus comercios y disfrutar soleadamente de una luna de miel otoñal.

El hecho fue muy comentado, con medias sonrisas y cabezadas reprobatorias, entre los negociantes del barrio.

Con veintitrés años, y con la sola experiencia profesional de haber puesto en orden cabezales, monturas y otros objetos de guadarnés, no podía decirse que fuese yo un sujeto al que las tiendas se quisieran rifar. Mis mejores cartas de presentación —honradez y laboriosidad— estaban escritas en mi alma con una tinta invisible que sólo había podido leer mi jefe y que únicamente él podía haber transcrito. Los negociantes de la zona sí tenían pruebas de mi lealtad, mi puntualidad y diligencia, pero quien no tenía ya un ayudante, o no lo necesitaba o no podía permitírselo.

Además, estaba mi cara.

Sí. La Naturaleza se ha distraído en hacer que la nobleza de mis sentimientos se deforme a través de unos ojos turbios y esquinados y de una boca que sólo sabe dibujar sonrisas inquietantes. Todo lo bueno que busco expresar lo desfigura mi cara, como si en los laberintos del sentimiento me gastase una broma un intérprete demente. Una servicial sonrisa la puedo convertir en una mueca amenazante. Una mirada mía de arrobó acaba pareciéndose a un fisgar de raposería.

«Qué poco agradable resulta ese Flahertie», parecían decir los clientes cuando el señor Reinhardt les atendía con esa afabilidad suya, tan natural, tan gratamente envolvente.

El viejo marionetista Ophuls sí me tenía aprecio, pero pedirle que me contratase hubiese sido tan adecuado como pedirle a un mendigo media porción de su pan. Le visité, no obstante, con el propósito de solicitarle consejo sobre mis posibilidades laborales, pues era hombre de experiencia y de muy buen sentido, aunque últimamente todos nos condolíamos de la progresiva decadencia de su lucidez, que ya solía afearse con desvaríos.

En su taller, las marionetas clavaban sus ojos sonrientes en el vacío como estatuas lelas de un país de juguete. (Siempre me llamaron la atención los cuellos lánguidos de esos muñecos: tenían una caída de helado derreti-

do.) Sobre una gran mesa, Ophuls extraía de un abarrocado revoltijo de clavos, listones, trozos de tela, botes de pigmento y cola, qué sé yo, las piezas que, una vez ensambladas, daban lugar a esos títeres que vendía a precio de baratija a los intermediarios y que luego alcanzaban en las tiendas un precio elevadísimo.

—Usted vende por muy poco su talento, señor Ophuls —le decían todos.

—El talento siempre ha sido una cosa muy barata —replicaba él.

Aquel día, cuando entré en su taller, el señor Ophuls trabajaba en la construcción de un rey barbudo, con corona de azófar y capa de piel de conejo que, una vez moteada, adquiriría el rango fraudulento de armiño.

«Ahora se trata usted con la realeza», le dije de broma. Vi entonces, en un espejo muy enfermo que colgaba al fondo del taller, mi sonrisa: una mueca agria. Con asco de mí mismo, me senté en una banqueta. Ophuls siguió dando lustre al aurífero pecho del monarca de palo.

«¿Cómo te van las cosas, muchacho?» Le hablé de lo único de lo que podía hablarle: de mi indecisión, mi inseguridad, mi falta de habilidades, mi preocupante situación económica... Ignoro cómo reflejaban mis ojos impostores la honda pesadumbre que me abatía.

«Una solución, al menos momentánea, puede ser la de montar un tenderete en algún mercadillo. No sé de nadie que se haya hecho rico con ese negocio, pero sí de algunos a quienes ayuda al menos a mantener unos ingresos. Si consigues hacerte con algunos cachivaches, con unos cuantos tientos, puedes intentarlo. Por mi parte, no tendría inconveniente en dejarte algunos de esos muñecos, con un porcentaje sobre la venta...»

La sugerencia no me pareció ni buena ni mala, pero sí al menos probable, ¿verdad? A fin de cuentas, no se necesita mucho talento —ni ojos bonitos— para vender desechos, basuras remozadas. «Una solución momentánea...» ¿Por qué no?

Lo peor de los asuntos fáciles es que nunca acaban siendo lo suficientemente fáciles. Incluso el reunir unas cuantas baratijas entrañaba ciertas dificultades. Unos me recomendaban que fuese a pedir por las casas los objetos inservibles; otros, que sacase un billete de tren para alguna cercana población campesina, pues, como quien dice por nada y menos, podía comprar a los zafios labriegos algunos cacharros que no estuviesen nada mal; otros, con menos escrúpulos, me aconsejaban que hurgase en las basuras, adonde iban a parar cosas que otra gente curiosamente apreciaba.

Les hice caso a todos, aunque con muy endebles resultados: por las casas ya pasaban regularmente los espabilados chamarileros, la memez de los campesinos ya estaba explotada por los astutos anticuarios capitalinos y las basuras me producían arcadas —no podía imaginar siquiera que unas

inocentes hojas de lechuga alcanzasen la descompuesta viscosidad de un sapo muerto.

Además, estaba mi cara. En la mayoría de los domicilios ni siquiera se atrevían a abrirme la puerta; los campesinos debían de tomarme por un prófugo o por un ladrón, a juzgar por su hurañez y desconfianza; removiendo basuras en la noche, en fin, no quiero ni imaginar mi estampa.

Pero, de repente, una estrella algo despistada tuvo la ocurrencia de brillar para mí.

Me comentaron casualmente que habían desahuciado a la anciana viuda del abogado Ferguson, a consecuencia de lo cual se disponía a mudarse a casa de una de sus hijas.

Oí, como suele decirse, el negocio: más de cuarenta años en una vivienda es tiempo sobrado para almacenar objetos que no merecerían el honor ni el gasto de una mudanza.

Así que, sin perder tiempo, me fui a visitar a la viuda.

El piso olía a jaula de loro.

A pesar de su mucha edad, la viuda Ferguson no era de las que se dejan embaucar. Aun teniendo un pie en el otro mundo, no le había perdido el afectuoso respeto al monedero. «Ni hablar, ese cuadro no se vende por menos de...»

Al final, conseguí comprarle una escribanía de alpaca, varias estilográficas, un candelero con la figura de una medio emperatriz o de algo por el estilo, un caracol de ébano, un viejo estuche de manicura, un juego de bandejas de latón, una punta de revistas ilustradas, unas cajas de apulgarda seda...

Al día siguiente, senté plaza en un rincón medianamente estratégico de Portobello, enfrente de un negocio de antigüedades llamado Rodie's, a cuya puerta dormitaba, entre cuadros, columnas salomónicas y curtidos baúles, un seboso caballero oriental, al que de vez en cuando se le descolgaba la soñolienta cabeza con una languidez parecida a la de las marionetas del señor Ophuls.

Los curiosos pasaban delante de mi tapete, en el que había distribuido ordenadamente el género, sin prestar gran atención. Cierto que era breve mi oferta, pero no menos cierto que tampoco se le podía pedir más a un recién estrenado en la profesión.

A las diez, un guardia me extendió un recibo: cuatro libras, en concepto de impuesto de ubicación. Tan imprevisto asalto tuvo como consecuencia el dejarme con una exigua calderilla para el cambio. A las once y media, un niño se detuvo ante mi tapete. Lo recuerdo con tristeza: le sonreí tiernamente y me gritó «¡Malo!». A las doce vendí el caracol tras un regateo que se inclinó demasiado a favor del cliente. Pero, antes de que este íntimo

éxito desastroso me diese el bautismo profesional, ya me había fijado en un hecho a mi modo de ver bastante raro.

Y no era otro ese hecho que el de advertir que quienes entraban en Rodie's no volvían a salir o, al menos, no vi salir a ninguna de las personas que habían entrado, que no fueron menos de una docena.

«Por muchos tesoros —pensé— que allí se oculten, nada puede retener durante tanto tiempo a unos curiosos. ¡Ni las joyas del harem del Sha-in-Sha!»

Entretanto, el oriental gordo seguía dormitando pesadamente. De vez en cuando entreabría espesamente los ojos, miraba distraídamente hacia el interior del local y volvía a trasponerse. Ante su dormida persona pasaban riendo los turistas, como si bromearan: «¿Se venderá también?» Algunos entraban en la tienda... y ya no salían.

A las dos de la tarde, el mercadillo comenzó a desmantelarse. En mi bolsillo tenía algo de la previsor calderilla y las cinco libras obtenidas por la venta del caracol. Cinco libras menos cuatro del impuesto da como resultado una melancólica y solitaria libra de ganancia: «Hay comienzos peores», me dije.

Recogí la cacharrería, plegué el tapete y vi cómo el oriental de Rodie's hacía lo propio con sus abundantes existencias expuestas en la acera. Echó luego la llave, bostezó como si quisiera tragarse el redondo mundo y le vi alejarse.

«La tienda puede tener otra salida —me quise explicar a mí mismo— y tal vez ese dormilón no sea sino el vigilante de esta puerta». Me encogí de hombros, en fin, y cargué con mis tiestos.

Después de comer, fui a ver a Ophuls, para recoger los títeres que se había ofrecido a dejarme en depósito para su venta.

Estaba contento con su rey, que ya colgaba, puesto a secar, de una viga. «Muy pronto ha llevado usted a la horca a su monarca», bromeé, rehuyendo la visión del espejo.

Relaté al viejo marionetista el extraño caso de los visitantes de Rodie's.

«Mira, Flahertie, no te extrañes de nada. En casi todos los negocios ocurren cosas impensables. Mi padre me contaba, cuando quería que yo pasase una mala noche, que en Praga la policía descubrió una vez, en el sótano de la tienda del respetable cerero Roth, un total de ocho ataúdes que contenían otros tantos cadáveres de niños rubios —porque yo era un niño muy rubio. Puede que fuese un cuento, puede que no. Quién sabe. Mi padre era muy aficionado a asustarme. Le divertía eso, ya ves. Pero lo que no es ninguna leyenda es lo de monsieur Toullé, el alegre carpintero...»

En ese punto interrumpió el marionetista su relato y comenzó a desbastar el torso de pino de un arlequín.

«¿Qué historia es ésa, señor Ophuls?», pregunté ansiosamente.

«Es una historia muy conocida, o al menos se hizo muy célebre hace ya unos cincuenta años... o más, quién sabe... En realidad, no ocurrió nada, o casi nada. Monsieur Toullé llegó aquí sobre el año cuarenta, procedente de la Guinea francesa, de donde importó luego mucha caoba. Era un hombre muy hablador y se reía a carcajadas por cualquier cosa, como si tuviera un ángel borracho en la barriga haciéndole cosquillas con las alas. En muy poco tiempo se ganó la simpatía unánime del vecindario, pues no desconocía los resortes de la adulación. Se especializó en la construcción de unos doseles entre manuelinos y modernistas que la gente le encargaba con sincera alegría, como si aquellos trastos fuesen cosa de mérito. En fin, el caso es que un día el alegre carpintero apareció muerto en su taller con un enorme cuchillo clavado en el vientre. Nunca se dio con el asesino, pero con lo que sí dio la policía fue con el sótano de la carpintería, en el que se hallaba, en perfecto estado de uso, una guillotina, en cuya hoja, todo sea dicho, no lograron encontrar rastro alguno de sangre. ¿Entonces?, te preguntarás tú. Pues no sé qué decirte. La historia no es terrible en sí misma, pero a mí me lo parece más aún que en el caso de que en ese sótano hubiesen aparecido cientos de cadáveres. ¿Por qué razón? Pues porque monsieur Toullé, el carcajeante, el adulador y parlanchín monsieur Toullé, había simbolizado en la demente construcción de ese siniestro cachivache toda la negrura de su corazón. Así actúa el Maligno, con máscaras. ¿Cuántos alegres y educados vecinos nuestros no coleccionarán serpientes o arañas, armas blancas, corpiños de ramera? ¿Cuántos no llevarán dentro de sí a un asesino de niños, a un mutilador de muchachas o a un envenenador de ancianas solitarias?»

En ese instante, el señor Ophuls se quedó pensativo, con una gubia temblorosa entre sus manos enrevesadamente artríticas.

«O no... —dijo al fin—, no fue así. Creo que he confundido la historia del carpintero Toullé con la del inventor Bergson. De todo eso hace ya por lo menos cincuenta años, y mi memoria titubea entre tantísimas tinieblas, tantísimas tinieblas...»

El tristemente desatinado señor Ophuls me hizo entrega de dos vistosas marionetas —un príncipe rubio con mandolina y un hada capirotonda. Las envolví en un trozo de papel y no tuve mejor ocurrencia que la de encaminarme hacia Rodie's con la intención aparente de cambalachear con el oriental y con la intención secreta de fisgonear en aquel negocio que en mi imaginación, excitada por los estrafalarios cuentos de Ophuls, se había vuelto tan misterioso —me figuraba a turistas descuartizados, a pálidas muchachas encadenadas en mazmorras, fosos con cocodrilos: todo un teatro de terrores.

La tienda del oriental aún estaba cerrada. Aproveché el contratiempo para preguntar a un pelirrojo que tenía establecimiento vecino si Rodie's dis-

ponía de doble acceso. Me dijo que no, que la tienda era enorme, pero que sólo tenía un acceso. Satisfaciendo espontáneamente mi curiosidad, me comentó además que, tras la muerte del viejo Rodie, el negocio lo había adquirido un chino que no hablaba una sola palabra de nuestro idioma y al que no parecía importar el vender mucho o poco, pues nada vendía y, sin embargo, hacía oídos sordos a las ofertas de los demás anticuarios para comprarle piezas e incluso el negocio entero. Abría, además, cuando le parecía. «Fíjese, son casi las cuatro y aún tiene cerrado. Estará durmiendo, porque se pasa el día durmiendo, no sé si por pereza o por enfermedad. Mi sobrino Edgar, que es marino mercante, me ha dicho que existe una mosca que si te pica...»

Estando en estas chácharas con el pelirrojo, llegó el chino. En sus estrechos ojos gravitaba una coagulada neblina de sueño. Giró despaciosamente la llave, pesarosamente sacó a la acera unos cuadros, unas maletas con cantoneras metálicas, unos jarrones; lentamente arrastró una silla, pesadamente se sentó en ella y adquirió al instante una apariencia de hipnotizado.

Mi curiosidad me apremiaba a entrar en Rodie's. Así que allá fui. Cuando me detuve delante del chino, ni siquiera me miró. Le mostré vehementemente el envoltorio de las marionetas para indicarle que entraba con un bulto, no fuésemos a tener luego problemas. Asintió desganadamente. «Están-en-ven-ta», añadí. Volvió a asentir desde la neblina de su duermevela.

En un sugerente desorden, los objetos cubrían por miles la enorme superficie del local. La mercancía parecía el polvoriento botín de algún caído imperio decimonónico —en un rincón, por cierto, desfallecían unos uniformes militares con demacrados y rígidos entorchados; nunca había visto de cerca unos uniformes, y su textura me pareció de juguete.

Curioseé durante un rato y llegué a pensar —quién lo hubiese imaginado de mí— que no me resultaría difícil el deslizar en el bolsillo alguna que otra cosa. ¿Y bien? De pronto me sentí ridículo: ¿qué absurdo misterio pretendía yo desvelar? Probablemente, las personas que vi entrar salieron en un momento mío de despiste. No cabía otra explicación. Así que, sonriéndome de mí mismo, decidí marcharme.

Se dice pronto: marcharme. Aún lo intento. Los demás me dicen que desista, que no merece la pena el esfuerzo. Lo sé. Pero no me resigno a pasar el resto de mi vejez en este recinto de realidades desordenadas. «Contra la realidad no podemos hacer nada, por muy extravagante y dolorosa que sea la realidad que nos toque padecer», me suele repetir un anciano al que el encierro ha vuelto algo filósofo. Pero, ya digo, no me resigno. El ángel de mármol va a degollarme cualquier día, a poco que me descuide. Los otros le predisponen en mi contra. Le dicen que mi cara les asusta, que se inquietan cuando me disfrazo de general, que mis marionetas —viejo

príncipe de la sombra, hadita ajada, despeluchada— se ríen de ellos... No saben qué inventar para estar distraídos.

Pero, en fin, lo que verdaderamente no soporto ya son los llantos de los turistas recién llegados. Yo también gritaba y lloraba al principio, ¿verdad?, pero aprendí pronto que cualquier gesto de desesperación se convierte aquí en una medida ridícula para rebelarse contra el destino.

«Esto es el infierno», dicen algunos. Pero no, no es el infierno. Me temo que es sólo la antesala del lugar al que aguardamos que nos lleven.

Felipe Benítez Reyes

